

SUBDIRECCIÓN REGIONAL DE EDUCACIÓN BÁSICA ATLACOMULCO

**CUENTO
OJOS DE OCEANO**

**POR
JAQUELINE CRUZ TIBURCIO**

ZONA ESCOLAR S011 CCT 15EES0424X

MARZO 2018

OJOS DE OCEANO

Cuento

Jaqueline Cruz Tiburcio

Sus mañanas comenzaban con el cantar de los gallos; el despertador exacto de quienes no tienen un dispositivo electrónico. Abrió los ojos, movió un brazo e hizo a un lado las cobijas. Se bajó de la cama y, como siempre, se apresuró a vestirse con ropas abrigadoras; el invierno había llegado y el frío era inclemente. Se calzó unas botas viejas que hacía mucho tiempo usaba y salió al corredor. Tomó, como era costumbre su bastón y una cubeta que, por su aspecto, alguna vez fue roja. Una descolorida taza de plástico y el raspador; todos pendientes de un hilo de henequén sobre un clavo en la pared.

No bien empezó su andar, cuando alegres y moviendo el rabo, se adelantaron sus fieles acompañantes: Estrella, Luna y Venus, perritas juguetonas que, sin importar el clima, la acompañaban todos los días. Eso le daba a Ime más motivos para apresurar el paso.

Sus manos se helaban pero el deber o la costumbre no la detenían. Además, sabía la venta del producto significaba un apoyo a su precaria economía.

Amanecía y se observaba el aliento de Doña Ime, una especie de vaho debido al intenso frío. Sus cabellos grisáceos se empezaban a cubrir de gotitas de brisa que a los primeros rayos del sol brillaban como perlas en su cabeza. Reflejo que contrastaba maravillosamente con el color púrpura de sus labios, debido a lo helado del ambiente.

Después de una hora de caminar, llegaba Doña Ime cansada pero jubilosa frente a la fuente divina: un gran maguey de color verde oscuro que todos los días, por la mañana y por la tarde le daba cinco tazas de aguamiel. Colocaba la cubeta, la taza, el raspador y el bastón a un lado. Se remangaba el viejo abrigo hasta el codo de la mano derecha. Con mucho cuidado retiraba la piedra y un pedazo de penca que cubría el boquete en el corazón del maguey. Tomaba la taza y con mucho cuidado extraía el precioso líquido que iba colocando en la cubeta.

Terminada la acción tomaba el raspador, introducía la mano hasta el fondo del cuenco y retiraba un poco de “raspa” -porque si esto no se hace en los magueyes

que están en producción, en la tarde o al otro día ya no producen aguamiel_. Ahora le costaba a Doña Ime mucho trabajo hacer esto. Sus fuerzas no eran las de hace siete años.

Acabada la tarea, volvía a colocar el trozo de penca y la piedra en el boquete del maguey, a fin de asegurarse que el “*tlacuache*” no le robara, durante el día, el aguamiel. Respiró profundo. Miró al maguey como si le dijera “nos vemos en la tarde” Tomó la cubeta, la taza, el raspador y el bastón. Iba a reiniciar la marcha pero en ese momento se agolpó en su mente una idea que hizo que sus ojos se tornaran como el océano.

--No vendrá otra vez se dijo a sí misma_. Tal vez su trabajo no se lo permita. Hace siete años que no lo veo. Se refería a su primogénito que desde que se fue a la ciudad nunca más había vuelto.

Con ese pensamiento regresó a casa. Caminaba triste y pensativa. No escuchaba como en otras ocasiones, el crujir del pasto bajo la suela de sus viejas botas, debido a los cristales de hielo que por las mañanas deja el invierno. Tampoco se acordó de llamar a Estrella, Luna y Venus que andaban husmeando entre los otros magueyes.

-Este diciembre volveré a preparar la comida que tanto le gusta. Yo creo que ahora sí viene, estoy segura. Mi corazón me dice que sí_. Con ese pensamiento llegó a casa, pensativa y melancólica.

Llegó al corredor y colgó taza y raspador en el lugar de costumbre. Entró a la cocina. Vacío el aguamiel en el barril ubicado a un costado del fogón y, sin dejar de pensar en su hijo, empezó a preparar el nixtamal para llevarlo al molino. De pronto desvió la mirada hacia el barril y observó que derramaba, intensamente, espuma blanca. El aguamiel estaba fermentando. __Mmm va a estar bueno el pulque, se dijo__. Buscó el trapo que ocupaba para limpiar el piso en esos casos. No estaba en lugar de costumbre. Dio media vuelta para ir por otro pero se le atoró una de las botas en el barril y resbaló...

– ¿Tiene pulque señora Ime? – se dejó escuchar una voz en el quicio de la puerta.

– Sí, ¿cuánto va a querer? – respondió Doña Ime.

_Un litro por favor. Pero que sea completo.

_Sí claro, aquí mis jarros son de a litro completo.

En tanto servía el pulque trataba de reconocer aquella voz.

Esa voz no es de Patricio _se dijo Doña Ime_, el que viene diario por su litro a esta hora, ¿Será que amaneció enfermo y por eso se le oye la voz así?

Terminó de servir el jarro del espumoso y derramante barril y salió a entregarlo.

Pero esa voz no es de Patricio _volvió a pensar Doña Ime_-

Al estirar la mano para entregar el jarro a aquel hombre, Doña Ime levantó la cara... Quedó paralizada. Sus ojos, como el océano, casi se desorbitan. Soltó el jarro y se rompió en mil pedazos. Se llevó las manos a la cara, se restregó los ojos una y otra vez. ¿Era una ilusión lo que tenía enfrente?

Se le quedó mirando fijamente y...sí. Era él, no había duda. Armando había regresado después de siete años de ausencia. Armando su hijo. Su amado hijo. Dios le había cumplido el deseo. Se le derramaron las lágrimas y corrió a refugiarse entre sus brazos, en tanto Armando la acurrucaba en su pecho.

No hubo palabras, sólo el calor de las lágrimas de los llantos callados. De esos que solo escucha el corazón y fortalecen el alma. Doña Ime lo apretó muy fuerte entre sus brazos, como si se le fuese a escapar. Armando a su vez le correspondía, pero sentía que sus musculosos brazos le hacían daño a su mamá. Así que solo le acariciaba la espalda y la cabellera de plata. La sentía tan frágil y tan pequeña frente a su bien torneado cuerpo. Era tal la emoción que ambos siguieron abrazados y sollozando por largo rato hasta que Doña Ime, aún con lágrimas en los ojos dijo:

–Armando... hijo; qué bueno que volviste, hace mucho tiempo que no te veía, creí que ya no vendrías más, pero Dios me hizo el milagro. Y mira, estás tan fuerte. Gracias hijo por este regalo. Justamente hoy, por la mañana, pensaba que vendrías en Navidad. Pero qué bueno que te adelantaste. Inmensa alegría invade mi corazón. Estoy feliz y agradezco a Dios este milagro. Pasa hijo, por favor.

No mamá, no mi viejecita linda; muchas gracias. He venido de prisa solo para saludarte. Mi patrón me mandó por materiales cerca de aquí y quise pasar un ratito. No tengo mucho tiempo, vengo con un amigo que me está esperando en la camioneta que ves allá (señalando a lo lejos).

–Pero hijo, pásalo y almuercen algo.

–No mamá, muchas gracias, el ingeniero y yo ya desayunamos, será otro día, tenemos prisa. Pronto regreso, te lo prometo. Es promesa que regreso muy pronto y me quedaré para siempre contigo. Te quiero mucho, mi viejecita linda.

La besó en la frente, le dio un abrazo y se marchó sin decir más. Ella se quedó confundida, con los brazos extendidos, como diciendo: por favor ven aquí, no te vayas, te necesito. Sentía que su corazón se hacía cada vez más chiquito, y volvió a llorar.

De pronto escuchó la voz de un niño: – ¡Doña Ime! ¡Doña Ime Doña Ime!. ¿Está bien? ¿Se siente bien? ¿Qué le pasó?

Abrió los ojos y se miró tendida en el suelo, a un lado del barril. Toda mojada por la espuma del pulque que se derramaba. Tenía en la mano la taza de plástico y un jarro de un litro roto en mil pedazos.

-Felipe qué haces aquí_ preguntó Doña Ime.

-Mi papá me mandó por su pulque, le estuve gritando pero no salió y me arriesgué a pasar. La ví tendida a un lado del barril y le grité; fue cuando despertó. Levántese Doña Ime ¿no se lastimó?

-Ayúdame Felipe por favor. No sé qué pasó. Creo que me caí después de que vino Armando.

-¿Armando? ¿Su hijo? ¿Cuándo vino?

-Hace rato, pero ya se fue. Sí creo que ya se fue. Mira mejor apúrate a sacar lo borregos que ya se hizo tarde. En seguida te preparo tus gordas.

Felipe se fue a cuidar los borregos y Doña Ime se sentó a llorar, intensamente. Agradecía a Dios que su hijo hubiese regresado, pero al mismo tiempo sentía una sensación de vacío e incertidumbre. Era tanto su llanto que no se dio cuenta del tiempo, hasta que los rayos del sol le hicieron saber que era hora de subir por el aguamiel. Sus tres acompañantes estaban listas para el viaje de la tarde. Era tiempo de seguir con el trabajo. Camino al maguey se preguntaba: Armando se había ido ¿o había regresado?